

# HAY COSAS QUE NO MUEREN

Se ha producido una pausa en los trabajos de esta IV Asamblea Europea de las Comisiones Nacionales de Justicia y Paz. Es el mejor momento, el único momento, de que dispongo en este fin de semana para estrechar la mano amiga de TRIUNFO y aceptar la generosa invitación que me hace a reflexionar un poco, desde sus páginas, sobre la tormenta que sacude a "Cuadernos para el Diálogo", nuestro viejo y entrañable galeón.

**JOAQUIN RUIZ-GIMENEZ**

**L**A primera palabra que me brota es de sincera gratitud.

En las horas de crisis —de crisis personal o de crisis colectiva— parecen muchas cosas, pero hay una que siempre sobrevive: la amistad. En los pequeños o en los grandes naufragios de nuestra existencia, las voces amigas son el mejor soporte y, a veces, la única razón de esperanza. Así nos ocurre ahora a quienes todavía remamos contracorriente en la desbarbolada nave de Cuadernos, zozobrante en pleno huracán.

En lo que me concierne, esta sensación de palpar la presencia, la compañía, de seres capaces de olvidar o de preferir sus propios problemas para acudir en apoyo de otras gentes en peligro, me conforta hasta lo hondo y refuerza mi creencia sustancial en la bondad de la condición humana. (El mal es, al fin y al cabo, un mero accidente...)

Gracias, pues, amigos de TRIUNFO, y por vuestro conducto, gracias también a todas las publicaciones periódicas, orales o escritas, y de tan amplio espectro ideológico, que vienen brindándonos durante estos días solidaridad profesional y llamamiento a los poderes públicos y a las organizaciones políticas para que se movilicen los remedios indispensables; pero que, además y esencialmente, nos regalan estímulo ideal y nueva —y hermosa— "razón de ser", como en nuestro número fundacional.

En segundo término, más que un lamento melancólico, que sería disculpable, prefiero repetir aquí —aunque tantas otras voces lo han hecho ya— la serena pero inequívoca denuncia de los obstáculos de toda índole que frenan, agobian y acaban por hundir a las empresas editoriales y, en cabeza, a las publicaciones periódicas independientes que no se agarran "al clavo ardiendo" de un mecenazgo dudoso o de una explotación comercial del "complejo" porno-sexual-político en boga.

Aparte de la atonía de lectura en amplios sectores de nuestra población (desgana puesta recientemente de relieve, con datos estadísticos, y en cuya génesis y auge concurren muchas responsabilidades colectivas), la realidad es que las editoras se ven casi a la intemperie:

— En la adquisición de materias primas indispensables.

— En la adjudicación de la publicidad "oficial" y "paraestatal".

— En el proceso de distribución de los productos y en la cooperación de organismos públicos para la multiplicación de bibliotecas y hemerotecas populares, y la instalación de "puntos de venta" en las áreas territoriales que más lo necesitan.

— En los canales estatales de financiación prioritaria (laudablemente abiertos para la exportación, aunque, por desgracia, en gran parte estériles hoy por las vicisitudes del mercado ultramarino; y, en cualquier caso, no disponibles para el fomento de la expansión cultural en el mercado doméstico).

— En la adecuada coordinación entre la prensa y los restantes "medios de comunicación social" (algunos tan arrolladores como la radio y la televisión).

— Factores todos ellos, y otros semejantes, que contribuyen a la erosión y al agotamiento, económico y psicológico, del empeño cultural y social que los libros y las revistas entrañan.

En esa vorágine, Cuadernos se desintegra... como antes acaeció a otras publicaciones análogas.

Esto dicho, no quiero rehuir el sencillo reconocimiento de nuestros propios errores, limitaciones y desfallecimientos. No sería justo cargar sobre los demás —o sobre las "condiciones objetivas"— todas las culpas, sin aceptar, simultáneamente, las propias responsabilidades. ¿Debió Cuadernos pasar de la "fase mensual" a la "fase semanal"?

En el grupo fundacional —un grupo plural, abierto, dinámico, consciente del cambio histórico— se discutió a fondo la conveniencia de aquella transformación. Había serias razones en pro y en contra... El ejemplo de otras publicaciones semejantes, la apertura del proceso democrático, el explicable deseo de ampliar la órbita de lectores y poder tomar el pulso —semana a semana y no mes a mes— a la vida de nuestros pueblos, inclinó la balanza por la decisión afirmativa.

Pero la realidad es que ese paso nos arrastró al torbellino de la competencia; a la complejidad gerencial de una empresa recreada; a la dificultad de mantener el clima de la reflexión serena y comunitaria,

Cuadernos

EL PAPA QUE DEBE VENIR (DOCUMENTO)

OPUS DEI: CUMPLEAÑOS FELIZ



más alcanzable en la revista mensual que en el semanario; y al riesgo de caer, a veces, en las zarzas de las cuestiones punzantes de la lucha política, de signo parcial, pese al sostenido esfuerzo de ese hombre cabal que es Pedro Altares para que Cuadernos siguiera siendo plataforma democrática abierta a todos los sectores de ese talante.

Sin duda hay un gran decalaje, una fuerte desproporción, entre esos fallos nuestros y la situación actual de Cuadernos, sobre lo que gravitan todos los otros factores objetivos que antes mencioné y la grave crisis económica general. Pero me ha parecido un deber afrontar con lealtad esa somera autocrítica.

\*\*\*

La tercera y última palabra es de apertura hacia el futuro. (La verdad es, amigos de TRIUNFO, que mi pequeña biografía personal se ha movido siempre entre el dolor y la esperanza).

Si a Cuadernos no le llega a tiempo —¡y ya suena la campana!— el apoyo material necesario, cuya cuantía desborda sobremedera las posibilidades del actual accionariado, tendrá que plegar definitivamente sus velas, y, a través de los cauces jurídicos pertinentes, hará frente a sus obligaciones, con especial atención a los derechos y legítimas prioridades de su personal. Tras ello, silencio.

Pero hay cosas que no mueren nunca, que no pueden morir. No morirá el espíritu de comprensión, de diálogo y de reconciliación nacional que dio vida a Cuadernos, y que otras revistas comparten y mantendrán.

No morirá la exigencia de que, sin mengua de legítima autonomía de los partidos políticos y de las organizaciones profesionales, ni de su natural fervor en la defensa de sus respectivos idearios y programas, haya voces —¡voces, no ecos!— que desvelen perspectivas más altas, que imaginen caminos nuevos, que impulsen concordia en vez de enfrentar— mientras, que alerten las miradas al bosque por encima de cada uno de los árboles, que se obstinan en alcanzar la utopía...

No morirán, en suma, ni la amistad, ni la esperanza. ■